

Diario de Viajes

2010



CONGRESO
INTERNACIONAL

Indonesia

Un compromiso emergente

XXX CONGRESO
NACIONAL

Montánchez



OTROS REPORTAJES
Y APUNTES

La Ruta del Alba
Peñíscola, una ciudad en el mar
Tozeur, la puerta del desierto
Viaje a Natal
Chiapas. El México indígena
La Ruta del Spondilus de Ecuador

Peñíscola

Una ciudad en el mar

POR JOSÉ SOLER CARNICER / FOTOGRAFÍAS: VICENT JULIÀ



Peñíscola es roca y mar, arenales y cantiles, Irta y Mediterráneo. Peñíscola se adentra en el mar como un navío de alto porte. Si hay una ciudad marinera por excelencia, ésta es Peñíscola, puesto que vive en él, para él y por él. La ciudad es como una ofrenda de la madre Tierra al padre Mar, y en ella todo gira, se mueve y existe en razón del mar que la rodea y abraza. El mar de Peñíscola es el Mediterráneo, el mítico y eterno Mare Nostrum en el que se han sumado todas las civilizaciones, dejándonos cada una su poso.

Todavía hoy, vista desde las lejanías azules, Peñíscola semeja una isla. La ciudad se asienta sobre un gran tómbolo rocoso que se eleva sesenta metros sobre la espuma de las olas que batan sus bastiones naturales, unida a tierra firme por un estrecho istmo. Antaño esta lengua de tierra era mucho más angosta y en tiempo de temporales quedaba cortada por las aguas marinas reafirmando la insularidad de Peñíscola.

Hoy el casco antiguo, completamente amurallado, se conserva sin graves alteraciones que lo hayan desfigurado. Sus casas, sencillas

las más, son una blanca explosión de cal, con algunos dinteles y alfeizares de sillares, con rejas en ventanas y balcones.

Para entrar en la ciudad hay tres puertas que abren vano en las murallas: la del Papa Luna, la de Santa María y el Portal Fosc. Ya en el interior pasear por sus calles es sumergirse en un mundo de paz y sosiego, silente, en el que el rumor de las olas llega a perderse, pero nunca el hálito marino que domina el ambiente. Calles pavimentadas con cantos rodados, casas blasonadas de conchas y caparzones,



redes secándose al sol y aromas de cocinas en las que hierven ollas de barro con sabrosos "suquets". Pero hay algo que rompe esta intimidad y aquella sencillez. Dominándolo todo se yergue altivo y poderoso, omnipotente y omnipresente el castillo, la gran fortaleza nunca humillada, ni vencida.

Soberano, con la fuerza que le da la roca en que hunde sus cimientos, la fortaleza fue siempre pieza codiciada por todos los pueblos que han pasado por estas tierras. Poseerlo significaba sentirse seguros y ese mismo sentimiento fue el que movió a Pedro Martínez de Luna y Pérez de Gotor / Benedicto XIII / Papa Luna a refugiarse allí y establecer su corte papal en este castillo.

La fortaleza es un conjunto de grandes dimensiones en el que destaca el gran patio de armas al que abre puertas la iglesia que fuera basílica pontificia. Otras dependencias que nos traen recuerdos de aquellos grandes hitos son los salones del Trono y del Cónclave y el estudio del Papa Luna. En la basílica podemos ver una lápida que contiene este texto: *"Aragón os pide que roguéis a dios por Benedicto P.P. XIII, Pedro de Luna, el gran aragonés de vida limpia, austera, generosa y sacrificada por una idea del deber. El Juicio Final descubrirá misterios de la Historia"*.



“Hoy esta insigne ciudad es también un hito turístico de primera magnitud. Aureolada por la Historia es un poderoso foco de atracción avalado también por la filmografía berlanguiana.”

Pedro de Luna vivió en estas dependencias ejerciendo sus funciones de Pontífice y a los 95 años de edad, 29 de pontificado y 8 de reclusión en Peñíscola, el 23 de Mayo de 1423, falleció sin haber renunciado a sus derechos, man-

teniéndose en sus trece. Pero, ¿cuál fue la razón de esta obstinación? Él mismo lo dejó escrito para la Historia: *"Soy el único Cardenal anterior al Cisma vivo aún. El resto ha muerto. Si como aseguráis todos los Papa elegidos después son dudosos, también lo son todos los cardenales nombrados por ellos. En consecuencia, soy el único Cardenal auténtico, sin mancha de principio. Como los cardenales son los que eligen al Papa yo, pues, soy el único que puede designar o elegir un Papa auténtico. Y nombrarme una segunda vez yo mismo"*.

Hoy esta insigne ciudad es también un hito turístico de primera magnitud. Aureolada por la Historia es un poderoso foco de atracción avalado también por la filmografía berlanguiana. Y a ello une la calidad de sus playas, la moderna urbanización del gran paseo marítimo, el encanto del viejo casco urbano, el aliciente de su sabrosa gastronomía y la suavidad de su clima, junto con los atractivos paisajes de la bravía y cercana sierra de Irta.

Por cuanto queda dicho, podría hacer míos los versos de Kancher cuando exclama: *"No se qué eres de mis primigenias palabras, pero no eres un lugar común"*.

Y Peñíscola es todo, menos eso, un lugar común. Es la antítesis, lo inaudito, lo extraordinario: **Una Ciudad en el Mar.**